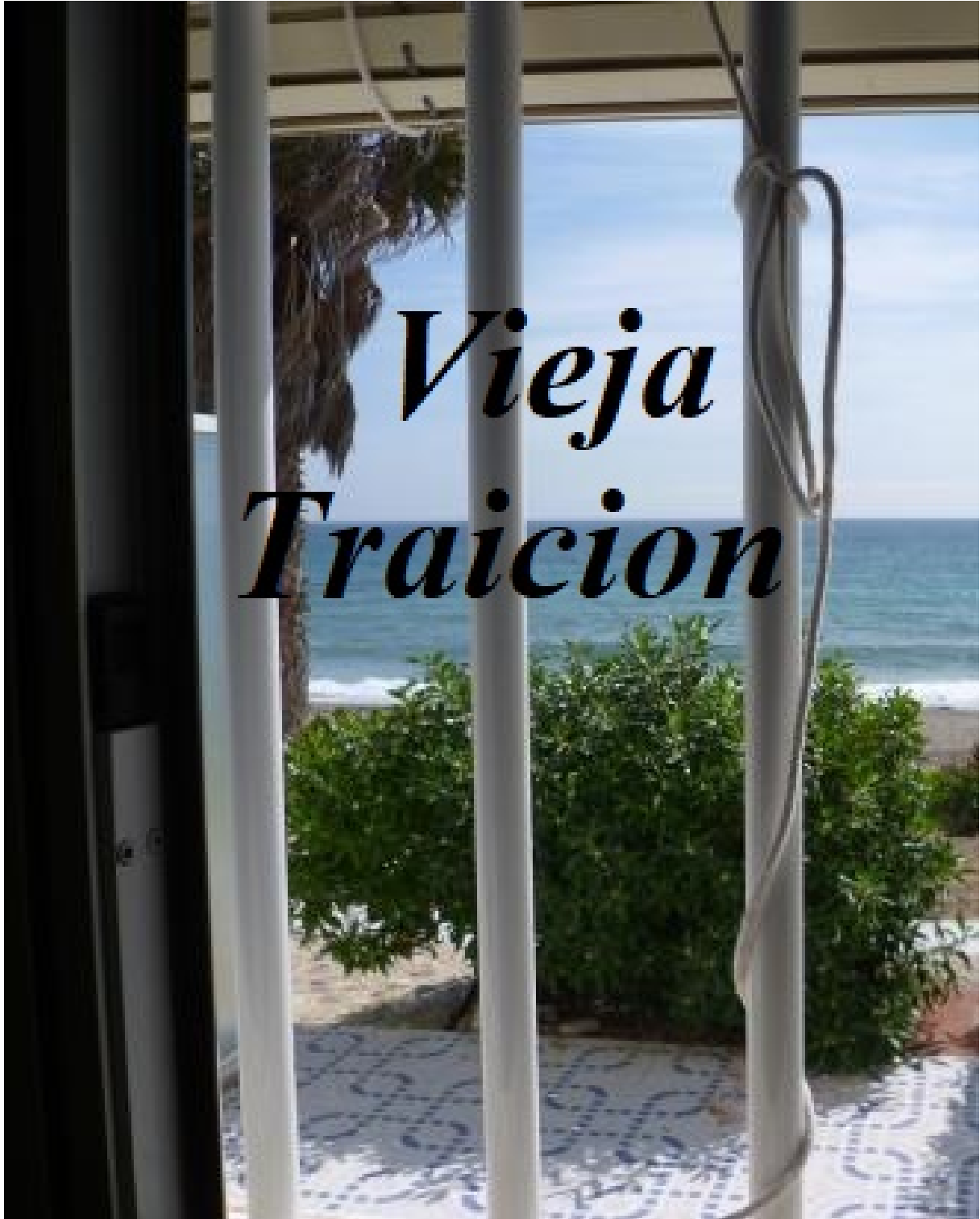


Vieja Traición

Leonardo Farias



Capítulo 1

Vieja traición

Ese día era más tarde que de costumbre. El café con leche con medias lunas estaba servido desde hacía rato largo. La mujer preparaba las tostadas, mientras el hombre desde el baño alzaba su cabeza para afeitarse la barba del cuello. Desde la ventana de la cocina la mujer observaba a los bañistas que comenzaban a llegar a la playa. Sobre la arena comenzaban a formarse los surcos que miles de pies dejaban todos los días.

Sentados ya a la mesa, el hombre preguntó:

-¿Me traerías la manteca?-

-No hay más, tenés que anotarla en la lista que te hice para cuando vayas al mercado-respondió la mujer.

En silencio y sin mirarse sorbían el café con leche y raspaban el cuchillo sobre las tostadas, esparciendo el queso crema y el dulce de leche. El hombre tomó el diario, leyó la tapa y

luego de ojear página por página se detuvo en la sección policiales. La mujer comenzó a

levantar los platos y las tazas de la mesa. Una nota, logró recordarle un momento despreciable y humillante. Ahí estaba ese hombre, en su cuarto, en su cama y con su mujer.

Desnudos, agitados, cubiertos a medias por una sábana. Y después ella tratando de explicar el hecho durante meses. Viendo todas las noches en los sueños al hombre riéndose y el llorando como un niño.

Levantó la cabeza y la miró fijo, mientras la mujer de espaldas lavaba la vajilla tarareando una canción. Su mirada, inamovible, estaba puesta sobre ella. El perdón sucumbió bajo la ira del recuerdo. La tregua terminó y el pasado regresó en forma sistemática. Las imágenes

de la traición lo invadían lentamente y la furia fue imparable. El recuerdo mas asqueroso de su vida desfilaba lento, con lujo de detalles. Quiso deshacerse de él, pero resultó imposible.

La mujer secaba los platos y los acomodaba prolijamente en la alacena. El sol brillante entraba por la ventana y reposaba sobre parte de la mesada y

los azulejos de la cocina.

El hombre tomó el cuchillo que estaba sobre la mesa. El odio lo encegueció. Sus manos temblaban. Lentamente se paró de su silla. El perro descansaba bajo la mesa. Con pasos largos llegó hasta ella, levantó el cuchillo y fijó el punto del impacto, pero su mujer lo llamó sin darse la vuelta. En ese instante la realidad le dio tres bofeteadas angustiantes, en forma de sonidos que escribían su nombre en sus oídos. Y que tenía la voz de la mujer que lo había humillado junto a un desconocido.

-Rogelio... Rogelio....¡¡Rogelio!!- pronunció ella.

-Si, qué pasa.-respondió él desde la mesa, con el diario en la mano y perdido en sus ideas y pensamientos.

-Siempre en las nubes vos, ¿en qué pensabas?

-En nada- Respondió él con la mirada sobre el mantel.

La mujer hizo un gesto con la cabeza y comenzó a preparar la comida para el almuerzo. El hombre, mientras tanto, pasaba a la siguiente sección del diario y temía algún día ejecutar sus ocurrencias.